

Modernización y debate político en América Latina

Mario F. Navarro

Mario Navarro es Profesor en la
Facultad de Filosofía y
Humanidades de la Universidad
Nacional de Córdoba

ESTUDIOS • Nº 5
Julio 1995
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

El problema del significado de la actual modernización latinoamericana podría resumirse en dos interrogantes: 1) ¿a qué alude la modernización en sociedades a las que es discutible –si posible– caracterizar hoy como “tradicionales”? y 2) ¿qué puede ser modernizarse cuando la “imagen de llegada” –léase, las sociedades más desarrolladas–¹ habrían ingresado en una etapa posindustrial y posmoderna? La respuesta a la primera pregunta permite superar un debate desactualizado; la respuesta a la segunda induce a considerar la cuestión de las alternativas políticas disponibles. Si el concepto aún carece de significado, otorgarle alguno constituye un eje de debate político.

Sin embargo, a juzgar por el rumbo de este debate, el interrogante resulta casi fuera de lugar. La modernización sería una decisión tomada, un proceso percibido como inevitable. Quienes no se encuentran ni entusiasmados, ni (escépticamente) resignados, suelen oponer a las propuestas de modernización las perspectivas extraídas del repertorio –más o menos actualizado– de la dependencia y el imperialismo.² Lamentablemente, este posicionamiento está condenado al fracaso: la contrapropuesta enfrenta graves problemas en su dimensión analítica, y está considerablemente debilitada en su dimensión ideológica. Sin embargo, y esto es lo crucial, no está en el eje –(nueva) mo-

1.- Germani lo reconoce francamente: “por sociedad moderna entiendo a las sociedades industriales desarrolladas”. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, editorial Paidós, Buenos Aires, 1962, cap. 2.

2.- Por ejemplo, la recepción en nuestro medio de la propuesta de Samir Amin sobre la “desconexión”. Véase, Samir Amin, “The State and Development”, en David Held (ed.) *Political Theory today*, Cambridge: Polity Press, 1991.

dernización / (nueva) dependencia— el centro de la problemática. Este trabajo procura reubicar al debate en una perspectiva que permita advertir su necesidad y provecho.

El significado del concepto de modernización para la América Latina de mediados de los '80 y comienzos de los '90 puede ser analizada en base a diferentes orientaciones. En primer lugar, esta nueva modernización resulta ininteligible —en tanto redundante— a partir del concepto acuñado en los '50 y '60, pues aun suponiendo que hubiere sido válido en aquellos años, los cambios ocurridos desde entonces privan al concepto de referente. En relación a esto, se examinan tanto los indicadores “macro” de modernización, como algunas de las nuevas prácticas sociales que han desarrollado los actores latinoamericanos en las dos últimas décadas.

En segundo lugar, el concepto modernización está montado sobre una doble coordenada: se relaciona simultáneamente con el conocido esquema tradicional/moderno, y con una dimensión menos reconocida que remite a un tipo específico de conexión entre lo individual y lo colectivo, entre lo público y lo privado. Esta segunda coordenada estaba simplemente supuesta, no problematizada, al momento de acuñarse aquel concepto, de modo que el significado de la nueva modernización no puede ser cabalmente comprendido sin una adecuada discusión al respecto.

En tercer lugar, si el significado actual de la modernización se plantea más allá de lo tradicional/moderno y alrededor de la relación entre lo individual y lo colectivo, la cuestión a plantearse es aquella de la constitución y legitimación del orden social en las sociedades latinoamericanas.

Como el problema del orden social remite a una discusión inevitablemente abstracta, más adelante se realiza un ejercicio sobre un caso de proceso social que reúne con singular fuerza ambas problemáticas: la modernización y el orden social. Además de ilustrar sobre las tensiones ideológicas que crea la modernización, este ejemplo demuestra la urgencia de un debate sobre aquélla.

Luego se extraen las conclusiones acerca de la dirección y oportunidad de este debate. Allí se afirma que la propuesta de modernización, entendida por muchos como inevitable, paradójicamente no cierra sino que promueve la apertura del debate político en un nuevo espacio temático. Aun aceptándose la idea de la modernización, no se resuelve.

La redundancia actual del significado originario de la modernización

Si se revisa el concepto de modernización vigente hacia los '50 y '60, se encuentra a las ideas de “elección” y “racionalidad” como cruciales. Así, David Apter se

ñala:³

“... la modernización como proceso no económico se origina cuando una cultura asimila una actitud inquisidora de averiguar acerca de opciones... Ser moderno significa ver la vida como un conjunto de alternativas... La elección expresa supone racionalidad”.

Como es obvio, subyace a este planteo el supuesto de un dualismo estructural en la sociedad latinoamericana: dos grandes sectores, tradicional y moderno. Luego, el problema consiste en establecer si las sociedades latinoamericanas pueden ser actualmente caracterizadas como sociedades tradicionales con islotes de modernidad.

En la actualidad, aparece necesario rechazar este planteo. No se trata obviamente de negar que estas sociedades son profundamente heterogéneas, sino si esta heterogeneidad puede ser retratada en el continuo tradicional-moderno; o, dicho en referencia al marco de la acción, entre conductas prescriptivas y conductas electivas. Son varias las razones para negar esta posibilidad.

Existen buenos motivos para suponer que el tipo sociedad tradicional fue construido en base a la atribución de los rasgos opuestos a los de la sociedad moderna, más que por una investigación específica de aquélla.⁴ Un gran número de investigaciones se han dirigido a mostrar que las sociedades consideradas tradicionales son más “calientes” y menos estables, que lo originalmente supuesto.⁵

Todo esto conduce a dudar, no ya del valor explicativo, sino del mismo valor heurístico de la tipología. Quizás se deba a las dificultades de medición empírica inherentes a esta formulación, el hecho paradójico de que casi todos los autores, luego de postular que la modernización se resume en un cambio de marco normativo, presenten indicadores “macro” referidos a la tasa de urbanización, distribución sectorial de la fuerza de trabajo, nivel de educación formal alcanzado y otros de similar índole.

A su vez, y con referencia específica a Latinoamérica, se ha mostrado que la región cambió radicalmente su fisonomía entre 1945 y 1980. Hirschmann⁶ ha señalado a esas décadas como *les trente glorieuses* de América Latina, marcados por la urbanización masiva, aumento del producto bruto, moderación del crecimiento de-

3.- David Apter, *Política de la Modernización*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972, pág. 27. Ver también Gino Germani, *Sociología de la Modernización*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969, pág. 15.

4.- Me refiero a las formulaciones de la sociología norteamericana, más que a los antecedentes clásicos de la tipología; esto es, Tonnies y Durkheim.

5.- Entre las muchas presentaciones de esta observación, véase Stanley Udy, *El trabajo en las sociedades tradicional y moderna*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1971, pág. 80; y Juan F. Marsal, *Dependencia e Independencia: Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo xx*, Ed. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, págs. 45 y ss.

6.- Albert Hirschmann, “The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection”, en *Latin American Research Review*, vol. xxii, Nº 3, págs. 9-11.

mográfico y mejoras en el ingreso per cápita e indicadores sociales.

También en relación a los indicadores “macro”, Faletto y Rama⁷ han constatado la rápida modernidad de la región:

“En el transcurso de treinta años, la población cambia su posición espacial con la urbanización, saltando en algunos casos de condiciones propias del siglo XVIII y XIX a espacios sociales urbanos nada diferentes a los de las sociedades desarrolladas; cambia de ocupaciones agrícolas a ocupaciones industriales de tecnología avanzada y de servicios; cambia del analfabetismo a la difusión masiva de niveles educativos medios y superiores; cambia de las comunicaciones personalizadas a las masivas por la radio y la televisión; finalmente, se producen cambios en los consumos paralelos a la internacionalización de las sociedades...”

Por otro lado, ¿pueden suponerse en la actualidad no racionales e insensibles a la innovación a los sectores rurales de Brasil, Uruguay, Chile y Argentina, entre otros países latinoamericanos? ¿Pueden suponerse no racionales –esto es, que no procuran adaptar medios afines– a los sectores populares, e incluso urbano-marginales de estos mismos países? Y, finalmente, ¿es válido suponer no racionales e inhábiles para elegir a las clases media y alta?

Me parece evidente que, con diversos grados y diferencias regionales, todos esos sectores sociales han alcanzado un alto grado de racionalidad en sus conductas. No se puede desconocer que la defensa medianamente exitosa contra la inflación, el uso extendido y obligado del crédito bancario, la inserción adecuada en la complejísima y extremadamente opaca economía informal, la negociación institucionalizada de convenios y salarios, la evasión fiscal, la fuga de capitales, y por fin la misma continuidad de las relaciones sociales en condiciones de extrema violencia estatal y paraestatal, son todas conductas sociales que exigen grandes recaudos de racionalidad instrumental.

Esto último también invalida otra acepción de la idea de modernización: la de resistencia al cambio. Como se advierte, son todas ellas ejemplos de conductas adaptativas que deben ser altamente innovadoras de cara a ambientes rápidamente cambiantes y complejos.

Finalmente, debe reconocerse que América Latina también tiene una faz radicalmente posindustrial y posmoderna.⁸ En particular, la región constituye un ejemplo de desazón frente al progreso, interdependencias crecientes y dolorosas externalida-

7.- Enzo Faletto y Germán Rama, “Cambio social en América Latina”, en *Pensamiento Iberoamericano*, N° 6, pág. 24.

8.- Como lo ha hecho notar Sergio Zermeño, “La posmodernidad: una visión desde América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 4, 1987, págs. 61-70.

des. Basta advertir la directa relación que existe entre acontecimientos en el mundo político y correlatos en el económico, o viceversa; aquélla entre economía doméstica y avatares del mercado mundial (o elecciones norteamericanas). Y también, en un plano más sociológico, el hecho que aquí las externalidades de la convivencia urbana moderna adquieren ribetes ya trágicos –léase polución, desempleo/violencia, dificultades de transporte y abastecimiento, etc.

En síntesis, no parece posible reconocer en las sociedades latinoamericanas el mundo “tradicional” retratado en la teoría de la modernización. Contrariamente, América Latina constituye en la actualidad una región plenamente inserta en los procesos de globalización de la economía y la información.

La coordenada implícita en la teoría de la modernización: la articulación entre lo individual y lo colectivo

La emergencia de la teoría de la modernización es contemporánea –y estrechamente relacionada– a las preocupaciones de Parsons sobre el orden social. La libertad de elección propia de la sociedad moderna plantea agudamente el problema hobbesiano: ¿cómo reconciliar la libertad de elección individual con el orden social? La solución parsoniana apunta al consenso de los valores cruciales: eficiencia y eficacia para los casos de los subsistemas económicos y políticos.

Pero, en realidad, y de esto era plenamente consciente Parsons, el problema de la eficiencia como motivación de la conducta individual no puede juzgarse *a priori*, sino en un contexto social marcado por la evolución. Las “eficiencias” y las “eficacias” se evalúan a partir de diferentes estadios de desarrollo cultural, diferenciación estructural y especialización institucional.

La respuesta de Parsons a este último problema justifica el nuevo equilibrio entre Estado y Sociedad alcanzado en la posguerra: el del Estado intervencionista y benefactor con valores centrales tales como productividad e igualdad de oportunidades, como bases del principio de logro.

“He señalado que en primer lugar el industrialismo tuvo que desarrollarse [...] en independencia esencial de las principales organizaciones políticas de la sociedad. Sin embargo, en la actual situación para la “difusión” de este tipo de organización desde el mundo occidental a otras regiones, parece claro que las condiciones más favorables están centradas en el adecuado tipo de iniciativa política”.⁹

Por otra parte, Parsons, en general, descrea del mercado como guía para la con-

9.- Talcott Parsons, “Estructura Social y Desarrollo Económico”, en *Estructura y Proceso en las Sociedades Modernas*, Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966, pág. 138.

secución de las metas colectivas, depositando su confianza en élites políticas convenientemente socializadas y responsables.¹⁰

De la misma manera, la discusión latinoamericana acerca de la modernización acuerda al Estado un papel central en la innovación socioeconómica. Así, se ha escrito sobre la CEPAL:

“En términos esquemáticos puede afirmarse que su complejo diagnóstico de la realidad se sostenía en tres posiciones principales: la industrialización... la modernización tecnológica y social; la importancia del Estado como actor y regulador económico...”¹¹

Sin embargo, este balance entre Estado y Sociedad se halla en el centro de la discusión sociopolítica actual. Con más precisión, podría señalarse que el debate se centra en los ejes de legitimación utilizables en la actualidad.

Se mostró que la propuesta de modernización originaria se adscribía a un claro principio legitimador: la sociedad modernizada consistía en un arreglo de sufragio universal, economía “mixta” y seguridad social. Dicho en términos con mayor semántica política, se trataba de una reconciliación de los principios de democracia formal y sustantiva, de democracia liberal y social.

Por la misma razón, el debate propiamente político de la discusión dependencista se centraba en estas opciones, en la viabilidad de tal “imagen de llegada”: no otra cosa significaban los señalamientos sobre “desarrollo del subdesarrollo”, “superexplotación”, “crecimiento previo a distribución”, “desarrollo dependiente asociado”—donde “asociado” significaba fractura de la integración social nacional—, “socialismo o fascismo”. En definitiva, se trataba de un conjunto de significantes que apuntaban al mismo eje temático: la democracia en sus aspectos liberal y social.

Por esta razón, la idea de la política que alcanza su madurez en estos momentos—la postguerra— se identifica con la idea de distribución; distribución apoyada en una idea de neutralidad del progreso técnico. Obsérvese que cuando esa neutralidad de la ciencia y técnica era denunciada como disfraz o apariencia, se hacía referencia a un sesgo en lo que respecta a la distribución.

En la actualidad, los bienes socialmente demandados son, por lo contrario, bienes para los que no parece posible aplicar criterios de distribución; por ejemplo, el ambiente, la paz, lo demográfico, la energía.¹² Del mismo modo, algunos proble-

10.- Esta es la idea de “influencia”, la capacidad persuasiva del subsistema político de movilizar recursos de los demás subsistemas sociales, sin una contrapartida específica. (Ver, Talcott Parsons, “El Aspecto Político de la Estructura y Proceso Sociales”, en David Easton (ed.) *Enfoques de Teoría Política*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1973, págs. 140-143).

11.- Jorge Graciarena y Rolando Franco, *Formaciones sociales y estructuras de poder en América Latina*, Ed. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1981, pág. 54.

mas de orden distributivo tienen visibilidad en una escala que está más allá de la política estatal; por ejemplo, las hambrunas regionales, las guerras étnicas.

De modo bien rudimentario, podría caracterizarse al movimiento de la problemática en base a un conjunto de oposiciones, donde el primer término establece el perfil de la política “moderna”: igualdad *versus* sobrevivencia, distribución *versus* producción, bienes privados *versus* bienes públicos, extensión (cantidad) *versus* intensidad (calidad), centrada *versus* descentrada y compleja. Se trata, entonces, de situaciones que requieren criterios de producción, más que de distribución, esta es una razón por la que la administración técnica tiende a reemplazar a la política.

Modernizando a los modernos: El nuevo significado de la modernización en América Latina

El reclamo de una nueva modernización en Latinoamérica no está asentado sobre la dicotomía tradicional-moderno, sino sobre la reorganización de este segundo eje: las relaciones Estado-Sociedad. Como se ha procurado mostrar, asentar la problemática de la modernización en la idea de racionalidad/secularización no tiene casi sentido, debiendo entonces el análisis dirigirse a desentrañar el significado social actual de este concepto.

La nueva modernización latinoamericana no se plantea educar a la sociedad en la racionalidad. Los líderes políticos de la región empeñados en la modernización—tanto los de comienzos de los ‘80, como los de fines de esa misma década—pretenden ante todo una redistribución de las responsabilidades entre el Estado y la Sociedad: pretenden obligar a la sociedad a asumir la iniciativa.

El concepto que puede aprehender sociológicamente a esta problemática es el de *sociedad activa*, por contraposición al de Estado activo—recuérdese que la concepción originaria apuntaba en el Estado a un motor de racionalización—. Sería demasiado extenso citar los innumerables textos en que los gobernantes latinoamericanos advierten sobre el inevitable retiro del Estado y urgen a la sociedad a tomar la iniciativa.

Es innegable que la fuerza de esta idea tiene como antecedentes a la conciencia de la “década perdida”, a la crisis fiscal del Estado y a la inviabilidad de su financiamiento de cara a los requerimientos de los organismos monetarios internacionales. Tampoco se puede negar que la ilusión del “ingreso al primer mundo” vía modernización juega un importante papel en el imaginario político y realimenta los apoyos de los neo y video-populismos existentes.

Sin embargo, ni el señalamiento de que se trataría de un consenso coyuntural y

12.- Danilo Zolo, *Democracia y Complejidad. Un enfoque realista*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994, pág. 55 y *passim*.

forzado por las urgencias de financiamiento, ni que lo impulsa el engaño y manipulación pueden bloquear esta propuesta modernizadora, por el mero hecho de denunciarlas. En realidad, se señalan aspectos reales de la dinámica de nuestras sociedades: la modernización está en la realidad, deseo y voluntad de las poblaciones. Por esta misma razón, no parece haber discusión posible sobre este tema: la modernización se habría tornado inevitable.

Esta inevitabilidad, paradójicamente, no implica univocidad de significado. Por ejemplo, es obvio que en el discurso del ex presidente de México, Salinas de Gortari, esta idea remitía a la aparición de empresarios que se responsabilizaran del proceso de reconversión y desarrollo económicos, y de ningún modo la emergencia del movimiento armado de Chiapas, no obstante que ambos procesos caerían bajo la órbita semántica de la *sociedad activa*.

Una manera de dar significación al concepto reside en el resultado de la confrontación de fuerzas entre los grupos que se sientan aludidos. Sin embargo, este modo “desnudo” de resolución del conflicto no es propiamente político sino militar, método que hoy, si único, aparece insostenible desde el punto de vista de la constitución de un orden —nuevamente, el caso de Chiapas sirve de ejemplo claro—. Por su parte, otorgar significación al concepto mediante un procedimiento propiamente político implica una conexión con los procesos de legitimación, con la construcción de un orden social aceptado y justificado.

De este modo, la pretensión generalizada de modernizarse, si modernizarse quiere decir algo más que renovar la infraestructura tecnológica y la economía de la sociedad, nos remite a considerar desde el inicio el interrogante parsoniano sobre el marco normativo de la acción social: ¿sobre cuáles valores debe asentarse tal sociedad activa? y ¿cómo habrá de legitimarse el orden social y las instituciones que aquélla produzca?

La sociedad activa y sus variedades de significación

En síntesis, el planteo originario de la modernización proponía una “imagen de llegada” caracterizada por una determinada relación Estado-Sociedad, y una correspondiente relación de esta “imagen” hace caducar el debate político alrededor de la modernización o dependencia y, al mismo tiempo, modifica el concepto de modernización. Ambas circunstancias han desarticulado la discusión política actual a tal punto que la modernización aparece como un proceso inevitable. En esta sección, se propone reinsertar al nuevo concepto de modernización en el seno del debate político contemporáneo.

La significación de la *sociedad activa* debe, entonces, ingresar a la discusión sobre la política y la legitimación en las sociedades contemporáneas. Este debate se en-

cuentra en la actualidad absorbido por los planteos en torno a la denominada “sociedad posindustrial” y la “posmodernidad”. Por su parte, los ejes ideológicos de democracia formal/material sufren un replanteo tal vez más radical: desde debatir sobre la extensión de los derechos, hacia el problema de la constitución de los derechos.

Obsérvese que la discusión así entendida se ha desplazado desde lo económico-político, a lo filosófico y la sociología de la cultura. Este desplazamiento tiene paralelo en otro: la emancipación de las grandes narrativas progresistas de sus fundamentos económicos-materiales —así, Habermas, los “marxistas analíticos” (Przeworski, Wright, Elster, Rommer), los “posmarxistas” (Laclau y Mouffe), todos comparten la idea de situar al “socialismo” en un plano cultural.¹³ El punto es particularmente intrigante, si se lo contrapone con los problemas sociales emergentes y la experiencia de escasez que sufren aun las “sociedades desarrolladas”.

La constitución de un orden colectivo equivale a la elaboración de la unidad frente a la multiplicidad. Ahora bien, toda caracterización de posindustrialización/posmodernidad de las sociedades nos remite a un problema de legitimación de la unidad. Así, el pluralismo irreductible de los “juegos de lenguaje” (Lyotard), la extensión ilimitada de los “dominios del yo” (Bell), la emergencia de “nuevos movimientos sociales” (Offe y Touraine) revelan la dificultad de integración social: la capacidad de expresar lo *uno* de la pluralidad.

La variedad de “juegos de lenguaje” se apoyan en la crisis de la idea de universalidad de la verdad científica (la razón para ser racional debe ser universal), la extensión de los “dominios del yo” en el plano estético y cultural rechazan la idea de una “racionalidad”; y, por último, la emergencia de los “movimientos sociales” muestran las dificultades de la política institucionalizada, lo que Offe llama el “viejo paradigma de la política”.¹⁴

Así planteada la problemática, se constata que el concepto de una nueva modernidad en América Latina es bastante más complejo de lo que parecía en un comienzo: la modernización hacia la posmodernidad implica una modernización hacia la crisis del orden social. En otras palabras, modernizarse no es avanzar hacia un modelo de sociedad, sino hacia un problema aún sin solución.

Estrictamente, no hay un “modelo de llegada”, sino varios y competitivos. Las propuestas de “sociedades activas” pueden ser descifradas en torno a tres grandes lineamientos de reorganización de la sociedad: el neoconservador, el anarquismo posmoderno, y el de la reafirmación de la razón ilustrada.¹⁵ Es necesario aclarar que las

13.- Ver, Robert J. Antonio, “The Decline of the Grand Narrative of Emancipatory: Crisis or Renewal in Neo-Marxian Theory”, en George Ritzer (ed.) *Frontiers of Social Theory*, New York: Columbia University Press, 1990, págs. 88-116.

14.- Claus Offe, *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*, Ed. Sistema, Madrid, 1988, pág. 169.

presentaciones que siguen son esquemáticas, formuladas al sólo efecto de esta discusión, por lo que no deben tenerse como exposiciones –ni medianamente– exhaustivas de las posiciones teóricas.

La primera línea está bien ejemplificada por Bell. Su tesis es que se ha producido una disociación entre cultura y estructura social, la que es preciso refundir.¹⁶ La disociación puede señalarse en tres aspectos: la desaparición del *ethos* capitalista originario fundado en la gratificación diferida, la pérdida del sentido religioso que hace a todo profano, y la sobrecarga del Estado originado en la equívoca meta de igualdad. Así, Bell mantiene como centro de su nueva sociedad activa al individuo responsable, centro donde se expresa lo colectivo en la esfera religiosa, y ubica al Estado como un mecanismo –estrictamente ajustado a la lógica costo/beneficio– de compensación de algunas desigualdades iniciales. El complejo normativo central que propone es el mérito individual, la sociedad meritocrática, y aspira a fundar el orden colectivo, más que en el Estado, en una similar actitud religiosa ante el destino y el futuro.

La segunda línea estaría representada en los estudios postmodernos. Es necesario aquí hacer una diferencia. Por un lado, se puede acordar con un diagnóstico empírico acerca de una “condición postmoderna” alcanzada por nuestras sociedades. Se entiende por ésta a la complejidad creciente del sistema social, la heterogeneidad de los estilos de vida, la crisis de la idea de un progreso lineal, y las nuevas percepciones del espacio y el tiempo que caracterizan al nuevo individualismo:¹⁷ los roles múltiples, la vida como la cotidianidad de un presente perpetuo, de la historia como una simple acumulación de sucesos disyuntos; y de la transfiguración del espacio implicada en la globalización de las comunicaciones.¹⁸

Por otro lado, los filósofos postmodernos han presentado una perspectiva normativa sobre este diagnóstico. Se trata fundamentalmente de una crítica a toda idea universalizante. Así, unos rechazan la objetividad o verdad del conocimiento racional y se contentan con la multiplicidad de los lenguajes locales. Otros, más precisamente denominados “post-estructuralistas”, subrayan la desaparición del sujeto,

15. Esta presentación sigue a la de Habermas, compartiendo por lo tanto sus defectos y prejuicios. No obstante, ésta sigue siendo la más balanceada de las disponibles. (Ver, Jürgen Habermas, “Modernidad versus posmodernidad”, en Josep Picó (comp.) *Modernidad y Posmodernidad*, Ed. Alianza, Madrid, 1988). Una presentación del debate menos intencionada –y menos “jugosa” políticamente– es la de Andreas Huyssen, “Cartografía del Posmodernismo”, en *idem*, págs. 189-248.

16. “El capitalismo norteamericano ha perdido su legitimidad tradicional basada en el sistema moral protestante. ¿Qué puede mantener unida la sociedad entonces?” (Ver, Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Ed. Alianza, Madrid, 1976, pág. 89).

17. Véase, Umberto Eco, *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in contemporary society*, London: Hutchinson, 1989; Paul Leinberger and Bruce Tucker, *The New Individualists: The Generation after the organization man*, New York: Harper Collins, 1991.

18. En realidad, estos elementos de diagnóstico no son negados por ninguna de las otras perspectivas políticas, pero la particular insistencia que los posmodernistas han puesto en ellas autoriza su presentación en este apartado.

como aquel que confiere sentido, resaltando la arbitrariedad —algunos también la velocidad de circulación— de los signos. Ambas vertientes, aunque por diversas razones, descreen de la constitución de un orden político; no obstante, también es cierto que, a partir de su sensibilidad hacia las subculturas o emplazamientos culturales marginales, algunos militantes en esta línea han contribuido a la reivindicación y afirmación de minorías.

Podría caracterizarse a este pensamiento como un agnosticismo ingenuo (o cínicico, dado el caso). La constatación de la relación que existiría entre la idea del Uno y el terror totalizante, lleva a reivindicar la bondad de lo local, de lo particular. Pero esto sólo conduce a considerar con ingenuidad el problema de la necesidad y la existencia de mecanismos de integración y orden social: se supone la simplicidad de una sociedad transparente. Por otra parte, el fundamento de lo particular o local ha perdido consistencia y la única situación emergente es una dialéctica casi infinita del poder.

En este caso, la política, como propuesta de constitución de lo colectivo, pierde parte de su objeto en dos operaciones estrechamente relacionadas. La interpretación deviene la única actividad posible, y toda interpretación es en principio válida; esto es, no sólo políticamente tolerada, sino epistemológicamente válida. Por otra parte, la política no remite no puede remitirse a lo colectivo, razón por la cual el discurso político es sólo una más de las narrativas posibles, todas ellas, igualmente equívocas y ambiguas. Se ha afirmado que esta posición entraña una política de la tolerancia. Sin embargo, la afirmación de la diferencia no implica principio alguno acerca de la relación entre las diferencias.

Por otra parte, otra versión de estas ideas —aunque con matices críticos acerca del postmodernismo—¹⁹ se propone un ascético abandono, una vía mística de escape. Según esta perspectiva, la verdad sólo se encuentra en una experiencia prelógica y artística que entraña una radical separación con “el sistema”. “El sistema”²⁰ englobaría tanto al racionalismo, como a los críticos posmodernos del racionalismo —estos últimos, por esta razón, se encontrarían presos en una discusión infecunda—. Si, en las ideas anteriores, la política perdía su estatuto, aquí se propone radicalmente su desaparición como discurso.

19.- También parte de una re-lectura de Nietzsche y otorga al arte categoría epistémica, aunque sus conclusiones son mucho más radicales. Al “pastiche” se opondría la mística; al flujo ininterrumpido, el éxtasis; y a la arbitrariedad de los signos, la seguridad metafísica de un “Otro”. (Ver, Oscar del Barco, *El abandono de las palabras*, Ed. Universidad Nacional de Córdoba, 1994). Sin embargo, sin juzgar su valor en el plano de la metafísica, esta propuesta no puede pensarse seriamente como política: el ascetismo radical, como el heroísmo o el martirio, no son respuestas “políticas” por sí mismas; luego, o la idea es fundamentalista porque va más allá de los hombres, o es inocua porque no se refiere a los hombres. Una lectura de Nietzsche que sí es afirmativa en el plano político son las propuestas de rol crítico que deben asumir los intelectuales a cambio de sustento y seguridad material de Bloom. (Ver, Alan Bloom, *Gigantes y Enanos*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1990).

20.- Concepto que, como en Baudrillard, pretende invocar una imagen terrorífica.

Finalmente, tenemos la propuesta habermasiana de trascender los límites de la modernidad –la patología de la modernidad– construyendo una noción sustantiva de racionalidad comunicativa: una racionalidad donde prevalezca la libertad e igualdad de los sujetos, como condición del discurso. En términos más empíricos, Habermas cree que esto tiene como lugar de realización a los espacios institucionales tradicionales –Estado y Mercado– como a los ámbitos comunitarios extraestatales que han de fomentarse (no muy lejos, así, de las preocupaciones de Marx y Weber, y de la solución de Durkheim).

En esta perspectiva, tiene particular relevancia la idea de articulaciones sistémicas y sociales no distorsionadas; por un lado, una integración sociodiscursiva y, por otro, un reequilibramiento de los diversos subsistemas sociales. Esto último, en palabras de Offe, constituye un problema de modernización de “segundo orden”; esto es, una “racionalización del interjuego de subsistemas ya altamente racionalizados”.²¹

En síntesis, la sociedad activa puede ser entendida como un regreso al ascetismo religioso, a la tradición como cemento de la sociedad; o como múltiples textos y juegos de lenguaje encerrados en una circularidad infinita; o como la recuperación del discurso racional garante de la verdad, el derecho y la justicia. Tales son las propuestas prevalecientes para significar el concepto de sociedad activa. La adopción por parte de nuestros liderazgos políticos y sociedades de una u otra será fundamentalmente resultado de las luchas políticas, pero también tendrá un rol relevante el esfuerzo de reconceptualización intelectual.

Un ejercicio de aplicación: la equivocidad del significado en Chiapas (México)

La modernización impone, entonces, un serio problema de legitimación a las sociedades. Se ha revisado que la pregunta sobre la posibilidad y el fundamento del orden colectivo tiene respuestas variadas en la actualidad. Con el fin de que este desarrollo no quede fijado en un plano demasiado abstracto, es conveniente discutir estos interrogantes con referencia a un caso concreto. El reciente alzamiento en Chiapas²² es paradigmático y desnuda las ambigüedades y tensiones ideológicas en que está aún encerrado el concepto de *sociedad activa*. Al mismo tiempo, advierte

21.- Claus Offe: “The Utopia of the Zero Option: Modernity and Modernization as Normative Political Criteria”, *Praxis International*, vol. 7 (1), 1987, pág. 17.

22.- El 1º de enero de 1994, con la inauguración del Tratado de Libre Comercio (NAFTA), residentes del estado de Chiapas (México), agrupados en el “Ejército Zapatista de Liberación Nacional” (EZLN), se alzaron en armas demandando –entre otras cosas– “socialismo”, “democracia”, “agua”, “hospitales, saneamiento y alimentos”, y “respeto como minoría indígena”. Desde entonces, y hasta la actualidad, con muy esporádicos y breves sucesos de combate militar tradicional, el EZLN ha mantenido una “guerra de papel y audiovisual” con el gobierno federal mexicano; guerra que además se mantiene equilibrada –lo que en las actuales condiciones de tecnología militar debe contarse casi como una victoria.

sobre la urgencia que en la actualidad tiene este debate.

Ahora bien, ¿cómo entender el éxito actual del movimiento zapatista? Con cierta ironía, no por eso exenta de veracidad histórica, podría sostenerse que se trata del éxito de la *sociedad activa* mexicana, movimiento social directamente vinculado a los avatares de las relaciones económicas internacionales de su país.

También está habilitada otra hipótesis: el éxito zapatista se comprendería por su habilidad para situarse descentradamente en un juego de múltiples significaciones. Por un lado, no cabe duda de que el movimiento indígena-campesino tiene fuertes ingredientes en la tradición política mexicana. Por otra parte, se trata de un movimiento perfectamente moderno en sus planteos políticos, e incluso en su uso de la guerra. Finalmente, el grado de exposición pública y a los medios –dando opinión sobre los más variados y disímiles temas–,²³ así como el refinamiento oral y literario, de uno de los conductores del movimiento –el subcomandante Marcos–, quien trasciende fluida y recurrentemente los límites de la política y de lo militar, para internarse en la ironía y la metáfora, impone “reglas” de la fragmentación y de la arbitrariedad del signo a la situación.²⁴

Entonces, es muy probable que el –hasta ahora– éxito del EZLN esté basado en su identidad *bricolage*,²⁵ en este uso hábil –consciente o inconsciente– de los múltiples referentes de legitimación que se han examinado. El EZLN se ha mostrado capaz de girar, sin pausa, sobre sí mismo, obteniendo réditos de legitimidad desde cada una de las múltiples identidades que va asumiendo, a saber: minoría indígena oprimida, partido político de los campesinos, moderna guerrilla rural, romanticismo poético-revolucionario incruento –es decir, una revolución que parece más de claveles y terciopelo que de sangre–. En esto, por supuesto, también colabora el gobierno mexicano que teme exponer a la opinión pública el salvajismo –escaso, pero siempre presente, de una guerra más propiamente militar.

El gobierno mexicano ha intentado “centrar” al EZLN, definir su identidad como interlocutor. De esta definición de identidad depende, por supuesto, el tipo de relación: la política, la asistencia social o la guerra. Así, luego de una definición inicial que subrayaba su carácter “extranjero” y “terrorista”, pasó –ya con la aparición pública del entonces Presidente Salinas– a definirlo como “minorías urgidas de derechos materiales y humanos”, abriéndose la etapa de la política y la asistencia social. Recientemente, con Zedillo, se recuperó la definición que conduce a la guerra, sólo para, igualmente, volver con rapidez sobre los pasos.

23.- Por ejemplo, la discusión que mantuvo con la caricatura de un diario de circulación nacional de México.

24.- Apenas iniciada la tregua en enero de 1994, Marcos se lanzó a un empeñoso y largo combate epistolar con la caricatura –esto es, con su autor/dibujante– de un periódico de México, *La Jornada*.

25.- Esta identidad heterogénea y no fácilmente inteligible ha sido señalada también por Gabriel Zaid: “Chiapas: la guerrilla posmoderna”, en *Claves de Razón Práctica*, N° 44, julio-agosto de 1994, págs. 22-34.

Hasta el momento, el EZLN ha sabido descolocar permanentemente a su rival, explotando sus múltiples identidades. Sin embargo, por fortuna o infortunio, la política no es un *clip*. Si se permite una metáfora al estilo “*posmoderno*”: la refulgente belleza “mass-mediática” en la que radica el éxito político del EZLN, puede también condenarlo a la impotencia, al “aplanamiento” del signo, a la monotonía. La representación de la unidad, la articulación de lo colectivo fragmentado y heterogéneo es la urgencia del pensamiento político progresista actual.

En verdad, la multiplicidad de identidades puede ser un recurso táctico victorioso –aunque tal vez efímero– porque subyace a esta situación una radical ambigüedad de significado. Allí, en Chiapas, se libra un combate ejemplar: se discute la significación de la modernización mexicana; y, casi como si se tratara de un laboratorio, se han puesto en movimiento las más variadas estrategias de legitimidad: lo meritocrático, la identidad nacional tradicional, los derechos ciudadanos, y los derechos afirmativos de minorías, todos ellos están presentes en el escenario del conflicto. En otras palabras, Revolución, Arte, Religión, Democracia y Derechos Humanos, junto al éxito, la eficiencia y la acumulación, todos son significados potenciales de la *sociedad activa*.

Conclusión

El viejo debate modernización/dependencia se centraba en la incorporación de los sectores populares –a la política y al consumo–, pero este debate difícilmente puede darse en la actualidad. Pero, aun si la modernización quedara fuera de la discusión, resta por preguntarse cuándo nos consideraremos “modernos”.

La política moderna, desde mediados del siglo pasado, se definió por la idea de incorporación –incorporación al sufragio y al consumo básicamente–, idea que alcanzó su madurez en la postguerra. Originariamente, la modernización tenía un tácito referente en esta fórmula de integración: se debatía la contribución que aquella, la modernización, prestaría a la incorporación, o más abstractamente a la idea de igualdad.

En la actualidad mucho ha cambiado; tanto que da la impresión que el debate fuera innecesario: que no fuera preciso fundar la modernización en relación a la igualdad. Por razones bien que aquí sólo fueron mencionadas –ver *La coordinada olvidada: lo individual y lo colectivo*, más arriba–, la política actual no puede tener un referente fácil en la incorporación. Ni siquiera el sufragio universal se mantiene adecuadamente frente a las presiones centrífugas y exclusivistas.²⁶ Sin embargo, tomada como dicotomía presenta un planteo falso: los problemas complejos tienen

26.- Del lado derecho del espectro político, están las iniciativas del “tatcherismo”; del lado izquierdo, véase la discusión de Claus Offe y Ulrich Preuss: “Democratic Institutions and Moral Resources”, en David Held (ed.) *Political Theory Today*, Cambridge: Polity Press.

soluciones diversas, no únicas, que tienen, a su vez, diversos valores de justicia e igualdad incorporados.²⁷

Del mismo modo, admitiendo aún que la idea de modernización pueda aparecer válidamente desvinculada de la de incorporación o igualdad, no se sigue de ella que el debate esté resuelto: estaría cerrado sólo en este aspecto, pero extremadamente abierto a otros ámbitos donde las opciones no son muchas: básicamente son tres las fórmulas de legitimación/legitimidad.

En Chiapas, la guerra se adelantó a la discusión político-intelectual en cuanto a la definición de un significado a la modernización. Para quienes creen que la guerra no esclarece, sino que sólo logra confundir, no puede ser una situación bienvenida –aunque pueda ser comprendida e incluso compartidos sus objetivos.

Si se juzga a partir de los varios y desesperadamente anómicos alzamientos populares sucedidos en Argentina –Santiago del Estero y Usuhaia, por ejemplo–, como en México, no se está lejos de situaciones de “elección trágica”; momentos cuando por definición ninguna resolución vendrá a ser cabalmente satisfactoria. Se sabe que la mejor elección, en estos casos, es no tener que decidir.

Si las moralejas existen, la que en este caso se aplica es obvia: entre la inevitabilidad apática y la guerra de significación, es prudentemente urgente que la modernización sea parte de nuestro debate político.

27.- Norberto Bobbio, *Destra e Sinistra: Ragioni e significati de una distinzione politica*, Donzelli Editore, Roma, 1994, pág. 86. Michelangelo Bovero, *¿Aún tiene sentido la oposición derecha/izquierda?* trabajo presentado al Coloquio sobre Igualdad y Libertad, México, 1993.